

# UNA REFLEXIÓN PARA DOCENTES

“TAL VEZ ESO SEA CORRECTO EN TEORIA,  
PERO NO SIRVE PARA LA PRÁCTICA”

ENMANUEL KANT

FILÓSOFO ALEMÁN (1724-1804)

**S**e denomina *teoría* incluso a un conjunto de reglas prácticas, siempre que tales reglas sean pensadas como principios, con cierta universalidad, y, por tanto, siempre que hayan sido abstraídas de la multitud de condiciones que concurren necesariamente en su aplicación. Por el contrario, no se llama *práctica* a cualquier manipulación, sino sólo a aquella realización de un fin que sea pensada como el cumplimiento de ciertos principios representados con universalidad.

Por muy completa que sea la teoría, salta a la vista que entre la teoría y la práctica se requiere aún un término medio como enlace para el tránsito de la una hacia la otra, pues al concepto del entendimiento, concepto que contiene la regla, se tiene que añadir un acto de la facultad de juzgar por medio del cual el práctico distingue si algo cae bajo la regla o no. Y como, por otra parte, para la facultad de juzgar no siempre se pueden dar reglas conforme a las cuales tenga que regirse en la subsunción (porque se daría un *regressus in infinitum*), puede haber teóricos que nunca en su vida serán capaces de convertirse en prácticos, porque carecen de la facultad de juzgar; tal

es el caso, por ejemplo, de médicos o juristas que han hecho bien sus estudios pero no saben cómo han de conducirse a la hora de dar un consejo. Mas aun contando con ese don natural, todavía puede haber una falta de premisas, esto es, puede suceder que la teoría sea incompleta y que acaso sólo quepa completarla mediante pruebas y experimentos ulteriores, a partir de los cuales el médico, el agricultor o el economista recién salidos de la escuela pueden y deben arbitrar nuevas reglas para completar su teoría. Por tanto, cuando la teoría sirve de poco para la práctica, esto no se debe achacar a la teoría, sino precisamente al hecho de que no había *bastante* teoría, de modo que el hombre hubiera debido aprender de la experiencia la teoría que le falta, y que es verdadera teoría aunque él no esté en condiciones de proporcionarla por sí mismo, ni de presentarla sistemáticamente en proporciones universales, como un maestro; por consiguiente, aunque no pueda pretender la denominación de (275/276) médico teórico, agricultor teórico u otras por el estilo. Así pues, nadie puede hacerse pasar por prácticamente versado en una ciencia y a la vez despreciar la teoría, sin reconocerse ignorante en su especialidad, por cuanto cree que con tanteos y experimentos realizados a ciegas puede ir más allá del punto hasta donde la teoría

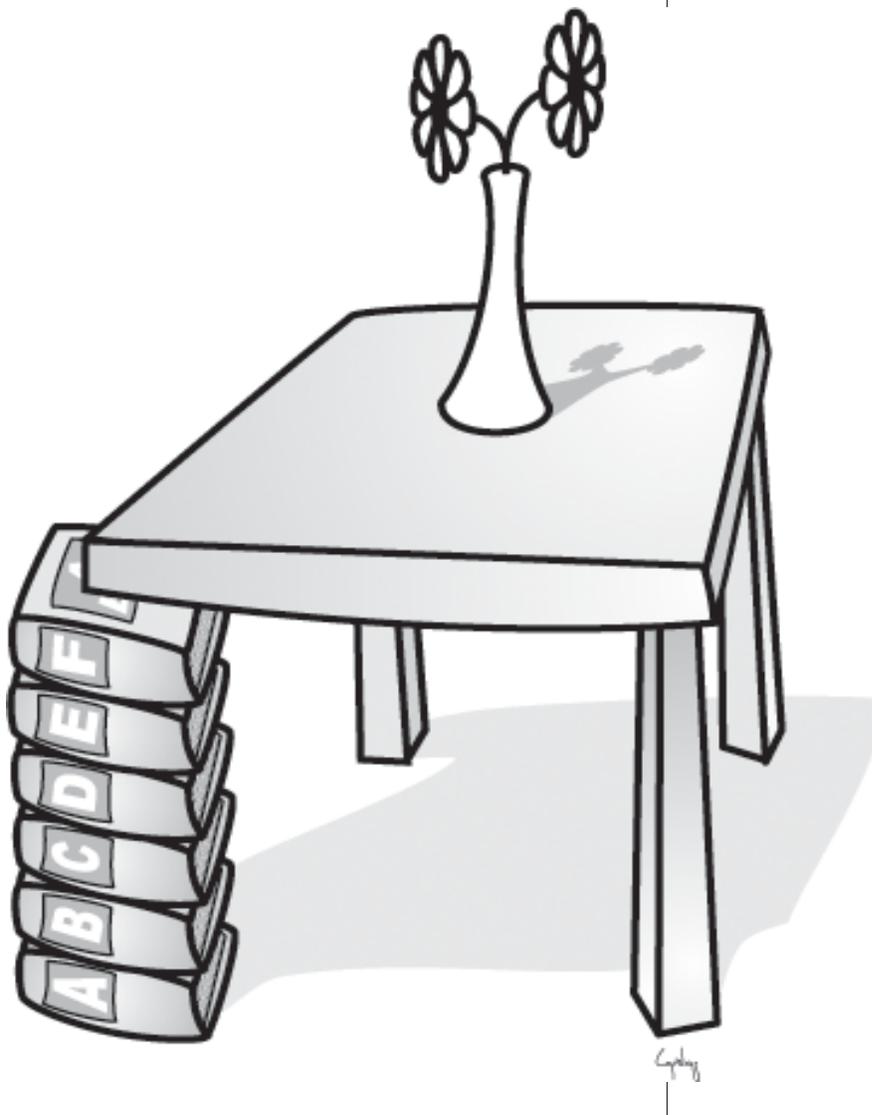
es capaz de conducirlo, sin hacer acopio de ciertos principios (que constituyen, propiamente, lo que se denomina teoría) y sin haber considerado globalmente su quehacer (lo cual, cuando se procede metódicamente, se llama sistema).

Pero que un ignorante, en su presunta práctica, considere a la teoría como innecesaria y superflua y resulta, a pesar de todo, aún más tolerable que el hecho de que un experto le conceda un valor puramente escolar (en cierto modo sólo para ejercitar la cabeza), mientras sostiene, al propio tiempo, que en la práctica todo es bien distinto, que cuando uno sale de la escuela al mundo se percata de que ha estado persiguiendo vanos ideales y ensueños filosóficos; en una palabra: que lo que suena bien en la teoría carece de validez para la práctica (muy a menudo esto mismo es expresado así: esta o aquella proposición valen ciertamente *in thesi*, pero no *in bypothesi*). Ahora bien: uno se reiría, sin más, del

mecánico empírico o del artillero que quisieran dar de lado, respectivamente, a la mecánica general o al cálculo matemático del bombardeo arguyendo que esas teorías sin duda están bien pensadas, pero que de nada valen en la práctica, pues en el ejercicio de ésta la experiencia proporciona resultados completamente distintos a los de la teoría (uno se reiría de eso porque, si a la primera se le añade la teoría de la fricción y a la segunda la de la resistencia del aire, por tanto añadiendo en definitiva aún más teoría, concordarían perfectamente bien con la experiencia). Sin embargo, todo adquiere un cariz completamente distinto según se trate de una teoría que concierne a objetos de la intuición o de aquellas teorías en que éstos sólo son representados mediante conceptos (como ocurre con los objetos de la matemática y de la filosofía); estas últimas teorías quizá pueden ser perfecta e irreprochablemente *pensadas* (por parte de la razón), pero acaso no puedan ser *dadas*, sino que tal vez sean

meras ideas vacías de las cuales ningún uso cabe hacer en la experiencia, o hasta cupiera hacer un uso perjudicial. En tales casos, aquel dicho común estaría bien justificado.

Sólo en una teoría fundada sobre el *concepto del deber* se desvanece enteramente el recelo causado por la vacía idealidad de ese concepto. Pues no sería un deber perseguir cierto efecto (276/277) de nuestra voluntad si éste no fuera posible en la experiencia (piénselo como ya consumado o en constante acercamiento a su consumación). Y en el presente tratado sólo nos ocuparemos de esta clase de teoría, porque a propósito de ella, y para escándalo de la filosofía, se pretexta con poca frecuencia que lo que tal vez sea correcto en dicha teoría no es válido para la práctica, pretendiendo sin duda, con tono altivo y desdeñoso, lleno de arrogancia, reformar por medio de la experiencia a la razón misma, precisamente allí donde ésta sitúa su más alto honor; pretendiendo además que en las tinieblas de la sabiduría, con ojos de topo pegados a la experiencia, se



puede ver más lejos y con mayor seguridad que con los ojos asignados a un ser que fue hecho para mantenerse erguido y contemplar el cielo.

Esa máxima -que ha llegado a ser bien común en nuestros días, tan abundantes en dichos como parcos en hechos- ocasiona el mayor daño cuando afecta al ámbito moral (al deber de la virtud o del derecho), pues se trata ahí del canon de la razón (en lo práctico), donde el valor de la práctica depende por completo de su conformidad con la teoría subyacente, y donde todo está perdido cuando las condiciones empíricas -por ende, contingentes- de la ejecución de la ley se convierten en condiciones de la ley misma, por tanto cuando una práctica calculada en orden a un resultado probable -probable con arreglo a la experiencia que se acumuló *hasta la fecha*- queda autorizada para dominar la teoría, que es subsistente por sí misma.

Dividiré este tratado siguiendo los tres distintos puntos de vista conforme a los cuales suele juzgar su objeto ese hombre de honor<sup>2</sup> que tan atrevidamente reniega de teorías y sistemas; siguiendo, pues, una triple cualidad: 1) como hombre privado, pero con *ocupaciones* y *responsabilidades* (*Geschäftsmann*); 2) como *hombre*

*político*; 3) como *cosmopolita* (o ciudadano del mundo). Estas tres personas coinciden en arremeter contra el *académico*, que elabora teorías para todos ellos y en su beneficio; y como ellos se figuran que entienden más del asunto, le indican que se vaya a su escuela (*illa se iactet in aula!*)<sup>3</sup>, como a un pedante que perdido para la práctica, no hace sino cerrarles el paso de su experimentada sabiduría.

Presentaremos, pues, la relación entre teoría y práctica en tres apartados: *primero*, en la *moral* en general (con las miras puestas en el bien de todo *hombre*); *segundo*, en la *política* (en relación con el bien de los Estados); *tercero*, desde un punto de vista *cosmopolita* (con vistas al bien del *género humano* en su conjunto, y en tanto que se lo concibe progresando hacia ese bien a través de la serie (277/278) de todas las generaciones futuras). Los títulos de los apartados expresarán -por razones que se desprenden del propio tratado- de relación entre teoría y práctica en la *Moral*, en el *Derecho político* y en el *Derecho internacional* (E)

Tomado de: Kant Inmanuel, *Teoría y Práctica*  
Madrid: Tecnos, S.A. 1993 p.p.3-7.

## Notas

1 *Über den Gemeinspruch: Das mag in der Theorie richtig sein, taugt aber nicht für die Praxis*, 1793. Los números entre paréntesis que se han intercalado en el texto corresponden a la paginación del tomo VIII de *Kants gesammelte Schriften*, hrsg. Von der Königlich Preußischen Akademie der Wissenschaften, Walter de Gruyter, Berlin u. Leipzig, 1923. (N. de T.)

Versión castellana de Francisco Pérez López y Roberto Rodríguez Aramayo.

2 Se refiere a E. Burke, cuya famosa obra *Considérations sur la Révolution française* debió de leer Kant en la traducción alemana publicada por Fr. Gentz en 1792 (cfr. Wittichen, "Kant und Burke", *Historische Zeitschrift*, vol. 93, pp.253 ss.). (N. Del T)

3 Virgilio, *Eneida*, I, 140 (N. del T.)

viene de la pag. 352



evolutiva el habla se impuso sobre los gestos como principal vehículo del lenguaje. Sin embargo, la mímica sobrevive como un canal separado de la comunicación, incluso en la edad adulta, en comportamientos rituales, tales como el cortejo y la danza, manifiesta Donald.

Por su parte, Corballis no considera la mímica y el habla como canales separados, sino más bien como una progresión de formas, y respalda su teoría señalando la estrecha relación neurológica entre el movimiento y el habla.

Las imágenes del cerebro han mostrado que una región llamada área de Broca, la cual es importante para la producción de habla, se encuentra activa no sólo cuando se habla sino también cuando se mueven las manos. A la inversa, las áreas motoras, y premotoras se activan con las tareas del lenguaje incluso cuando esas actividades han sido despojadas de su aspecto motor, por ejemplo, durante la lectura silenciosa, y particularmente por palabras que tienen un fuerte componente gestual, como los verbos y los nombres de herramientas.

Un vínculo más directo entre el movimiento y el significado se encuentra en un grupo de células cerebrales conocidas como neuronas reflejo, las cuales se activan no sólo cuando un mono hace un movimiento en particular, sino también cuando ve a otro haciendo lo mismo. Esas neuronas se encuentran en una región del cerebro de los monos que corresponde al área de producción del lenguaje en el cerebro humano, y es posible que esas células sean la clave que permite a los individuos comprender los gestos de otros, la evolución que hizo posible el lenguaje.